Desafíos éticos de la vida universitaria contemporánea

Miguel Ángel Ruíz García

(Colombia, 1965-v.)

Licenciado en Filosofía y Letras y Doctor en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana; Magíster en Filosofía de la Universidad de Antioquia. Profesor Asociado de la Universidad Nacional de Colombia. Autor de varios libros, capítulos, ensayos y artículos. Coeditor de varios libros. Acreedor de varios reconocimientos y distinciones.

Resumen

Con base en mi experiencia docente de la Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín, este ensayo sugiere algunas reflexiones sobre los desafíos éticos de la vida universitaria, en el contexto contemporáneo de la sociedad de la información orientada por el consumo. Es una suerte de invitación a conversar sobre el significado ético de las interacciones pedagógicas en las que se reparen los daños ocasionados por la creciente individualización institucionalizada, la indeterminación motivacional, así como las posibilidades que ofrecen las nuevas mediaciones tecnológicas en la formación de buenos profesionales para el ejercicio de la ciudadanía.

Palabras clave

Autorrealización, cooperación dialógica, ethos juvenil, sociedad de consumidores

> La educación adoptó muchas formas en el pasado y llegó a ser capaz de adaptarse a las circunstancias cambiantes, estableciendo nuevos objetivos y diseñando nuevas estrategias. Pero el presente cambio no es como los cambios del pasado. En ningún punto de inflexión de la historia humana los educadores se han enfrentado a un desafío estrictamente comparable con el que plantea el momento actual. Sencillamente, nunca hemos estado en una situación similar. Aún no hemos aprendido el arte de vivir en un mundo sobresaturado de información. Ni tampoco el arte, inconcebiblemente difícil, de preparar a los seres humanos para esta vida (Bauman, 2011, p. 119).

Las condiciones de la vida humana en las sociedades capitalistas contemporáneas han cambiado. Los contenidos semánticos y los fines de la ética requieren ser revisados y evaluados. En el pasado, esta tarea la asumieron voces que cumplían el papel pedagógico de brindar orientaciones en el arte de conducirse en la vida reflexivamente. En la actualidad se ha vuelto difusa la respuesta a la pregunta de quién debe asumir esta tarea. Existen muchas agencias que suministran recetas de lo que es vivir bien, casi todas ellas al servicio del mercado. La *pausa moral* para examinar lo que es bueno, conveniente, oportuno y justo es tan necesaria hoy como en el pasado, especialmente en una era posparadigmática como la nuestra. En el sentido teórico, el propósito de la ética consiste en examinar el significado de las acciones humanas en situaciones determinadas. En el sentido práctico, es una manera de actuar y de vivir orientada por criterios, pautas, valores, principios, convicciones y expectativas, las cuales conforman el horizonte moral de una persona o institución para realizar sus fines.

El conocimiento, la información o la ilustración que una persona ha adquirido de la ética no garantiza que pueda obrar éticamente; tener conocimiento del bien o de la justicia no nos hace buenos. Según esto, puede descartarse que la ética en la vida universitaria consista solo en la lectura de libros sobre el tema o en adoctrinar sobre lo bueno y lo justo. Se trata más bien de examinar las maneras de interactuar, tratar a los demás, comunicarse, tomar decisiones, fijarse propósitos. Mucho se ha hablado de la dimensión individual de la ética; sin embargo, en instituciones como la nuestra, de objetivos compartidos, el núcleo de la moral está constituido por las relaciones con los demás. La ética individual cumple un papel en las elecciones que una persona realiza en su libertad subjetiva; pero tratándose de una institución pública debe propenderse por una ética de las interacciones, negociada colegiadamente, que garantice el sentido intersubjetivo de la acción o, lo que es igual, el actuar conjunto.

En la medida que las dinámicas de la vida institucional en la Universidad Nacional de Colombia también están lubricadas por la interacción de sus miembros, que son *plurales* y *diversos*, las normas de acción y de comportamiento no deben depender del criterio e interés particular, sino de los fines generales, los cuales son el resultado de acuerdos y negociaciones de los mismos agentes. En una comunidad académica informada, ilustrada y democrática, lo razonable es reconocer un suelo común moral, o, en caso de considerarse problemático, participar, mediante buenas razones, en la redefinición de criterios de acción vinculantes o en la creación de significados compartidos. Lo fundamental de este suelo moral compartido es que sea reconocido como la eticidad institucional vinculante o la cultura de valores básicos reconocidos, previo o paralelo a la obligatoriedad jurídica o las normas positivas que rigen las políticas académicas y de su gestión administrativa. Para ilustrar esta eticidad, o este suelo moral compartido, podemos recordar algunos de los principios o valores expresados en el compromiso ético universitario.

La *solidaridad* es un concepto moral. Una institución puede funcionar si solamente cada uno de sus miembros realiza lo que le corresponde hacer dependiendo de su vinculación. Sin embargo, una disposición individualizada de sus integrantes podría representar una amenaza para la renovación y la proyección social. La solidaridad y el trabajo cooperativo compensan las deficiencias y limitaciones de las personas consideradas

individualmente (Sennett, 2012). Pero la solidaridad no es un valor jurídico, en el sentido de que a nadie se le puede obligar a ser solidario. La solidaridad es algo superior a la acción coordinada y mecánica. En la solidaridad, los miembros de una comunidad (familia, empresa, grupo, universidad, sociedad, Estado) cooperan en vistas del bien común que los enriquece individualmente. Este mismo ejercicio puede realizarse con los otros seis principios o valores del *Compromiso ético para la convivencia universitaria*,[1] los cuales habrá que explorar con mayor atención reflexiva, y que son: pertenencia, equidad, diálogo, responsabilidad, honestidad, solidaridad y respeto.

Para afrontar los desafíos educativos del presente, los miembros de la comunidad universitaria de la Universidad Nacional de Colombia necesitamos examinar y evaluar las prácticas, los hábitos y los comportamientos en cada uno los tres objetivos misionales: docencia, investigación y extensión. Estos tres campos de acción configuran ámbitos de interacción social y comunicación mediados por el conocimiento, la deliberación dialógica, las relaciones pedagógicas con los estudiantes, la cooperación administrativa entre los empleados y la responsabilidad y solidaridad con la sociedad.

La formación de buenos profesionales

> Cambiar la sociedad hacia algo mejor exige en realidad trabajar también desde la sociedad civil, exige convertir también a la sociedad en protagonista de su futuro. Uno de los lugares privilegiados de la sociedad civil es el mundo de las profesiones (Cortina, 2013, p. 132).

El principal compromiso que la Universidad Nacional de Colombia tiene con la sociedad es la formación de *buenos profesionales*. *Buenos* en el sentido pragmático (técnico y científico) y *buenos* en el sentido práctico-moral (o ético cívico). Conforme a la especificidad de cada campo de conocimiento y planes de estudio que se cultivan en la Universidad, cabe preguntarse por las cualidades y características de *lo que significa ser buen profesional en esta sociedad*. La formación en una profesión es un proceso que afecta o implica la totalidad de las capacidades de una persona: sus capacidades cognitivas e intelectuales, su sensibilidad (estética, social y ambiental) y la capacidad de percepción para detectar situaciones de injusticia, inequidad, discriminación y sufrimiento humano. En las profesiones artísticas y creativas, la formación de estas dimensiones conduce a un refinamiento del gusto, del tacto, la imaginación y la sensibilidad; los artistas y creadores contribuyen con sus talentos a llenar de sentido las realidades y experiencias humanas, al tiempo que con sus creaciones enriquecen nuestra sensibilidad, dan belleza a los espacios socialmente habitados y nos educan moralmente. Kant (1992) atinó en afirmar que "lo bello es un símbolo de la eticidad" (§9).

Una profesión es una manera de conocer, comprender e interpretar las experiencias y las realidades humanas y del mundo natural, y de actuar conforme o en beneficio de ellas. Por eso, no es adecuado reducir la formación profesional al desarrollo de las capacidades técnicas o habilidades pragmáticas para la investigación, la innovación y la creación; menos aún reducirla a un entrenamiento para el trabajo cualificado y especializado. Es cierto que mediante la formación profesional una persona adquiere mayor libertad y autonomía para competir o participar en el flexible y exigente mercado laboral; sin embargo, la crisis moral de la acción y el malestar social que ocasiona la inmoralidad de profesionales, especialistas y expertos, requiere enfatizar en lo que hoy en día significa ser *buen* profesional y el tipo de profesionales que la sociedad demanda.

La integridad profesional está compuesta por cualidades morales o sabiduría práctica (*prhónesis*),

[1] Establecido en la Universidad Nacional de Colombia mediante la Resolución de Rectoría 11 del 2018. Pretende "promover comportamientos que contribuyan al bien de la Universidad, de sus miembros y de la sociedad que la hace posible […] propone a sus miembros que asuman, en un convenio voluntario, individual y manifiesto, cada uno de los siete valores" enunciados al final del párrafo.

que acompañan o dan sentido al uso o ejercicio de capacidades técnicas (*téchné*), científicas (*episteme*) o investigativas: sensibilidad social para mejorar la calidad de vida de las personas más vulnerables, sentido de justicia en la participación y toma de decisiones, sentido de responsabilidad con las comunidades y sectores de la sociedad, disposición para cooperar con otros en el diseño e implementación de soluciones a los problemas sociales, así como de tacto y de gusto para apreciar la riqueza ínsita en la pluralidad y diversidad humana, tanto como en las exuberantes bellezas de la naturaleza.

La Universidad Nacional de Colombia ha garantizado la excelencia académica en los procesos de formación profesional; sin embargo, ahora somos más conscientes de que la integridad de los profesionales que formamos no se reduce a la capacitación para el trabajo; la excelencia académica implica cualidades (virtudes) éticas y cívicas en el ejercicio de la profesión. En este sentido, la integridad del buen profesional es una conjunción armónica de capacidades técnicas, científicas y morales al servicio del bienestar social y la dignidad de las personas en la sociedad. Esta es la manera singular de los buenos profesionales para ejercer la ciudadanía. Como lo indica Adela Cortina (2013):

> educar con calidad supone, ante todo, formar ciudadanos justos, personas que sepan compartir los valores morales propios de una sociedad pluralista y democrática, esos mínimos de justicia que permiten construir entre todos una buena sociedad. […] Educar con calidad en la escuela, y sobre todo en la universidad, supone formar buenos profesionales; gentes que, en el caso de poder ejercer una profesión, sepan que no es solo un medio de vida, ni siquiera es solo un ejercicio técnico, sino bastante más (p. 130).

Ética de la relación pedagógica

Como se ha dicho, también el sentido ético y moral de las decisiones y el comportamiento humano (el carácter) se puede educar mediante la conciencia reflexiva y el diálogo teórico, pero sobre todo mediante la praxis y el *êthos*. No son solo los cursos de ética profesional que se imparten en la última fase del plan de estudio los que forman el carácter de un buen profesional. Desde el inicio de la formación universitaria el estudiante participa de una eticidad (ambiente o atmósfera) que puede formar su carácter, o, por el contrario, verse inmerso en un ambiente que lo puede alienar en el sentido moral. Por esto, el proceso de formación de buenos profesionales depende, está precedido o acompañado, de la relación pedagógica con y entre los profesores y sus pares académicos de clase. La relación pedagógica es una experiencia dialógica de aprendizaje mutuo entre el profesor y el estudiante y de los estudiantes entre sí, pero se expande o se cultiva en las interacciones entre los miembros de la comunidad educativa y laboral. Para la formación de una eticidad en la vida universitaria es de suma importancia el papel que cumplen los empleados en la cotidianidad de sus quehaceres.

En las teorías pedagógicas ha predominado el interés por esclarecer los términos de la relación entre profesor y estudiante. Ha sido menor el interés de explorar las potencialidades de la interacción entre los estudiantes. En estas se experimentan formas de relacionamiento que también preparan para la vida profesional, razón por la cual es indispensable aprovecharlas en las actividades de aprendizaje. En lugar de formar estudiantes *competitivos*, la sociedad de hoy requiere profesionales *capaces* de cooperar para desarrollar objetivos compartidos. La cooperación incrementa, refina las capacidades individuales y las habilidades sociales. En el trabajo cooperativo tienen lugar experiencias éticas o vivencias morales (comprensión, generosidad, reconocimiento, respeto, solidaridad, tolerancia, justicia). El diseño de estrategias de trabajo cooperativo entre los estudiantes permite la formación de hábitos de trabajo con personas diferentes. El desarrollo de habilidades sociales para la cooperación es una de las capacidades necesarias tanto para el trabajo como para otros ámbitos de la vida personal. Según esta idea, la formación universitaria de buenos

profesionales, que sean buenos ciudadanos, debería tomarse en serio la reflexión ética no solo sobre la práctica docente, sino también sobre lo que significa e implica ser estudiante. Este no es un tema exclusivo de la Facultad de Educación. La incapacidad de trabajar con otros en proyectos comunes es un efecto de la individualización institucionalizada[2] y una desventaja a la hora de aplicar a empleos que requieren integrarse a proyectos de carácter colectivo e interdisciplinario.

La Universidad Nacional de Colombia puede iniciar y liderar una reflexión que restaure los imaginarios de la actividad docente; al mismo tiempo, debe crear los mecanismos para promover la dignidad del estudiante en la relación pedagógica. Esto conlleva examinar los factores que han erosionado el papel que uno y otro desempeñan en la relación pedagógica, que es una relación orientada y mediada por el saber y que da lugar a lo que el perspicaz historiador del pensamiento griego, Jean Pierre Vernant (2002), denominó *amistad académica*. Es preciso elaborar una crítica a la instrumentalización de la relación pedagógica que se limita al comercio de información entre el que enseña y el que aprende. La relación pedagógica es una de las variedades posibles de la experiencia moral entre personas y, en cuanto tal, es una de las fuentes de la autorrealización humana.

La relación pedagógica en la era de la Cuarta Revolución Industrial

Uno de los factores que está transformando la vida universitaria se refiere a la hegemonía que han adquirido las tecnologías de la información en las últimas dos décadas, no solo en cuanto al acceso, el procesamiento, la creación de conocimiento y divulgación, sino también en la relación pedagógica, que es uno de los ámbitos donde se sedimenta y germina la vida moral y se cultiva la ética. En cierto sentido, se le ha delegado a las máquinas y a los sistemas procesadores de datos, el acceso a la información; pero el conocimiento es una experiencia más compleja que implica la participación de la totalidad de las facultades humanas: sensibilidad, juicio reflexionante, imaginación, voluntad.

Vivimos en la era del fetichismo del dato (*big data*). Suministrarles datos a las máquinas para que procesen información es apenas el comienzo del saber y del conocimiento. Manipular datos no es todavía una experiencia autónoma de conocimiento. La universidad contemporánea es cada vez más una fábrica de individuos procesadores de datos. En las universidades contemporáneas se está intensificando la tendencia a acceder y usar datos de manera acrítica por parte de estudiantes y profesores. Los profesores poco a poco estamos siendo reducidos a instructores de procesamiento de datos, algo que las máquinas saben hacer mejor y de manera más eficiente. En la historia reciente, el profesor dejó de ser trasmisor de información y se convirtió o está convirtiéndose en *mensajero de datos*.

Sabemos, pero no sobra recordarlo, que aún no se han diseñado máquinas y dispositivos que tomen decisiones en el sentido moral o que sientan el peso o el placer de tomarlas y de pensar. No debiera entristecernos, y menos aún frustrarnos, que los dispositivos de procesamiento de datos sean más rápidos y eficientes.

No es exagerado decir que cuando se delega o se deposita la confianza en las máquinas o dispositivos para que suministren información, sin la inclusión de criterios humanos, entonces ocurren tres fenómenos patológicos, característicos de esta época, recientemente llamada la Cuarta Revolución Industrial, a saber: la *alogia* (incapacidad de pensar), la *apraxia* (incapacidad

[2] La individualización institucionalizada o sociedad individualizada es una innovación conceptual del sociólogo Ulrich Beck y la socióloga Elisabeth Beck (2001; 2003). Una indicación semántica del concepto remite a lo siguiente: "La individualización es una condición social no alcanzable por libre decisión de los individuos […]. La individualización es una compulsión, aunque paradójica, a crear y modelar no solo la propia biografía, sino también los lazos y las redes que la rodean, y a hacerlo entre preferencias cambiantes y en las sucesivas fases de la vida mientras nos vamos adaptando de manera interminable a las condiciones del mercado laboral, el sistema educativo, al Estado de bienestar, etcétera" (Beck-Beck, 2003, p. 42). El mencionado concepto también ha sido desarrollado por Zygmunt Bauman (2002), en el marco del análisis sociológico del consumo, y por Anthony Giddens (1995), en sus reflexiones sobre los desarrollos de la identidad del yo en las sociedades contemporáneas.

de actuar con criterios) y la *anestesia* (pérdida, atrofia o suspensión de la sensibilidad moral, social y estética). La capacidad natural de escuchar, hablar, comunicarse, pensar, tomar decisiones autónomas, distinguir lo bueno, lo bello, agradable y justo; desarrollar la sensibilidad, comprender la situación de los demás, cooperar y solidarizarse, ser responsable en las decisiones profesionales, son algunos de los aspectos que pueden cultivarse en la interacción pedagógica. La eticidad profesoral y estudiantil no se desarrolla a través de sermones, sino en relación pedagógica con el saber que los vincula en la interacción. Esto requiere determinar colectivamente en cada plan de estudios cuáles son los fines del saber, el conocimiento, las ciencias y el uso de herramientas tecnológicas.

Estos comentarios sugieren la necesidad de pensar colectivamente el papel del profesor universitario en el contexto de la sociedad y la economía del conocimiento. Dado que no debería limitarse al rol de procesar datos o suministrar o trasmitir información (libros, máquinas, dispositivos, sistemas y redes de información son mejores en esta función), los profesores tenemos un papel indispensable en relación con el conocimiento socialmente válido. Procesar datos no es todavía conocimiento en sentido pleno.

Una de las tareas que los profesores estamos en capacidad de realizar consiste en despertar, descubrir o reconocer sensibilidades e incentivar, acompañar o potenciar la curiosidad mediante procesos rigurosos y ordenados. En este sentido, los profesores somos mediadores entre el saber institucionalizado de la ciencia y el saber de los estudiantes. Los griegos solían decir que los pedagogos eran aquellos que conducían a los jóvenes hacia el lugar donde se practicaba, mediante el diálogo, la comprensión común del mundo habitado.

Habría que neutralizar la imagen del docente afamado que menosprecia la experiencia de acompañar a otros para que desarrollen sus capacidades. También hay que trabajar intensamente para neutralizar el desprecio en el que ha caído la profesión docente, tanto a nivel social como en el comportamiento de un considerable número de estudiantes. Quizá también sea preciso encontrar un equilibrio en el reconocimiento de la actividad docente, frente al prestigio que ha ganado la investigación. Quizá el remedio sea refundar las relaciones pedagógicas mediante una ética de la comunicación, el respeto mutuo, el reconocimiento recíproco, la responsabilidad compartida, la cooperación, el diálogo. Una ética dialógica que enseñe que la universidad no es un fin en sí mismo, sino un ámbito edificante para la autorrealización y una estancia de formación que contribuye a la construcción de una mejor sociedad.

Avanzar en esta dirección supone, para la universidad, el diseño de estrategias para comprender quiénes son los estudiantes que ingresan a ella, de qué mundo cultural provienen, qué valores han adquirido, cuáles son sus capacidades iniciales, qué conocimientos y habilidades han desarrollado, qué desean lograr, cómo imaginan su proyecto profesional, qué opinión y percepción tienen de la sociedad, qué los alegra y qué les genera frustración y malestar. La comunidad académica establecida tiene las herramientas para conocer, interpretar y comprender la cultura y mentalidad de los jóvenes, para potenciar sus capacidades. La ética pedagógica comienza por comprender y reconocer al otro como interlocutor.

Perfil sociocultural de los nuevos estudiantes universitarios

Los jóvenes que ingresan a la universidad han nacido, han sido criados y educados en un tipo de sociedad en la que predominan ideales de vida, valores y prácticas consumistas. La relación que establecen con el saber formalizado de las ciencias también está condicionada por la sensibilidad y las aptitudes consumistas. La plantilla del consumo ha modificado la naturaleza, los procesos y los fines de la educación. A ello hay que agregar que nacieron y formaron su sensibilidad e inteligencia en un entorno tecnológico digital. No solo usan las herramientas tecnológicas, sino que estas crean nuevas habilidades y ofrecen un conocimiento de la "realidad" diferente.

Sin embargo, los nativos digitales que empezaron a ingresar a la universidad en la última década se enfrentan al desafío de formarse en una institución universitaria que conserva los usos y las maneras de entender el mundo de la revolución industrial y que formaba a sus miembros para el trabajo y la producción. El paso de un capitalismo de producción a un capitalismo de consumo, o el tránsito de una sociedad de productores a una sociedad de consumidores, representa una metamorfosis cultural tanto como una revolución en las capacidades humanas que apenas estamos empezando a comprender desde el punto de vista pedagógico. No es lo mismo preparar a los jóvenes para vivir y trabajar en una sociedad de productores que prepararlos para vivir y trabajar en una de consumidores (Bauman, 2003; 2007; 2009; 2010; 2011; 2013).

Un factor poco considerado en lo que se denomina la revolución digital se refiere a uno de los usos frecuentes y masivos de las nuevas plataformas y mediaciones tecnológicas: el entretenimiento y la distracción. Por nimio que parezca, una considerable parte de la experiencia y uso del tiempo de los nativos digitales está destinada a la distracción, por encima de la información con fines reflexivos. El formato del entretenimiento también ha propiciado una crisis en las estrategias convencionales de recepción, procesamiento y creación de conocimiento, y, por supuesto, en las relaciones pedagógicas.

Ética y formación de la opinión pública en la era de la información

La avalancha de información que a diario se produce no siempre beneficia la toma de posición respecto a las realidades de la vida individual y social. Frente a la información se adopta habitualmente una actitud irreflexiva y acrítica. En el acceso a los nuevos dispositivos individualizados y portátiles de información, predomina el uso ocioso con fines de distracción y entretenimiento; cada vez se hacen más notorias las quejas relacionadas con los usos de los dispositivos electrónicos en las aulas de clase. El potencial pedagógico de estos medios y dispositivos aún está por desarrollarse, lo cual implica reflexionar nuevamente sobre lo que significa comprender, interpretar, producir nuevo conocimiento, leer, escribir, narrar, argumentar, discutir, desarrollar la capacidad crítica, elaborar valoraciones sobre la realidad y la información, educar la sensibilidad, la imaginación y el gusto, así como la formación del compromiso ético y político.

Aunque en la actualidad predomina el uso ocioso y de entretenimiento, la habilidad para la interacción en las redes sociales también posee potencialidades para la vida académica y para la participación política que requieren ser aprovechadas. En el pasado, cada sociedad preparaba a sus miembros para que afrontaran los desafíos que conllevaba cada nueva invención técnica. El curso de la actual revolución tecnológica interpela a la universidad y al sistema educativo para que asuma la tarea de evitar que los nativos digitales sucumban a la instrumentalización y mercantilización de la información. La ética en el uso de la información es uno de los imperativos de nuestro tiempo.

En suma, permitir a los estudiantes reflexionar sobre las consecuencias de adoptar una actitud de consumidores pasivos de la información y que, por el contrario, desarrollen una capacidad crítica y creativa frente a ella, es una urgencia de nuestro tiempo. Formar en la capacidad de discernimiento, cultivar el pensamiento crítico, integrar los avances tecnológicos al desarrollo de las capacidades humanas y contribuir a democratizar el uso de las tecnologías para un acceso más equitativo y justo de la información debieran ser parte del programa de formación ética y humanista que la universidad está en condiciones de desarrollar. Estos son prerrequisitos para la formación de la opinión pública ilustrada, propia del ejercicio autónomo del juicio.

Ética en la cultura consumista

En el contexto de la emergente Cuarta Revolución Industrial, los jóvenes universitarios están abocados

a desarrollar capitales culturales que les permitan comprender el funcionamiento de la sociedad y el mundo laboral en el que se desempeñarán. Al afectar las capacidades humanas y los vínculos, tanto como la manera de hacer las cosas, el entorno tecnológico de los jóvenes universitarios trae consigo la necesidad de reflexionar sobre los valores y sobre las conductas socialmente deseables.

Los canales culturales en los que los jóvenes educan su sensibilidad configuran ideales de vida, bienestar y autorrealización, suministran unas narrativas de sentido que sirven a los intereses del mercado. Predomina una filosofía de vida de valores consumistas, un estilo de vida cortoplacista y ligero, una reducción del bienestar a los códigos de la moda. Diversos analistas de la cultura han detectado una intensificación del individualismo que se expresa en políticas de vida libres de compromiso y en vínculos episódicos. Estos nuevos capitales culturales se escenifican o tienen lugar en la vida universitaria hasta el punto de perfilar y concebir el proyecto de formación profesional como un peldaño para acceder a los bienes derivados de la cultura consumista. Es probable que aquí se halle la fuente de la desconexión entre la vida profesional y la responsabilidad social, entre las expectativas profesionales y el ejercicio de la ciudadanía.

La preocupación por la formación ética de estudiantes y docentes no puede desentenderse de los capitales culturales de las nuevas subjetividades. La cultura actual da especial importancia a la diversión, los espectáculos, la distracción, el ocio tecnológico (redes sociales), las experiencias efímeras y extremas; asimismo, es una cultura que pone al *ego* (no al Otro o a lo Otro) como centro de inquietud. Se está popularizando una nueva narrativa del yo elaborada a partir de las emociones (*neonarcisismo* emocional), diferente a la heredada del pensamiento moderno del *yo pienso* y de la utopía ilustrada de la *Mayoría de Edad.* El síndrome del *selfie*, de publicación y montaje de estados (de naturaleza episódica y fugaz) y de la renovación rutinaria del perfil en las redes sociales, ejemplifican la nueva fase de la idolatría del yo en nuestras sociedades.

Compromiso de la universidad en la formación del *êthos* juvenil

Existe, siempre ha existido, una relación dialéctica entre las representaciones simbólicas de los jóvenes universitarios y el conjunto de normas y valores que promueve la universidad. Los valores que la universidad cultiva y fomenta entran en tensión y, a veces, en colisión con los capitales culturales y valorativos de los jóvenes universitarios. En lugar de rechazar, ignorar o despreciar los contenidos culturales que los jóvenes universitarios han interiorizado en su experiencia de la vida, el *êthos universitario* puede proveer herramientas de reflexión sobre el modo como la cultura condiciona, influye y determina los hábitos, las creencias, las interacciones sociales, los vínculos afectivos, los ideales de vida, los imaginarios de autorrealización y las aspiraciones profesionales. Del mismo modo que la cultura dispensa tecnologías de adaptación y de dominación, la universidad contribuye y provee tecnologías para la libertad y la autonomía. Entre las herramientas más eficaces que la universidad aporta se cuenta la racionalidad y la sensibilidad, mediante las cuales se ejercita el juicio, el tacto para la comprensión, interpretación y la creación de nuevas realidades.

Aunque la cultura estimula, fomenta y valida la filosofía de vida y de autorrealización en las que predominan el confort, la felicidad y la flexibilidad; en suma, la vida ligera, es necesario tener en cuenta que la mayor parte de la población que ingresa a la Universidad Nacional de Colombia pertenece a estratos sociales cuyos recursos económicos los inhabilita para amoldar o adaptar su vida a estas presiones culturales. A causa de estas presiones, los jóvenes universitarios experimentan dificultades para realizarse como individuos. Las desventajas en los capitales culturales requieren ser contrarrestadas con la variedad de oportunidades y estrategias que brinda la vida universitaria.

Ambivalencias del mundo feliz y divertido de los jóvenes universitarios

Engañosamente, imaginamos que los jóvenes y los adolescentes viven en el mundo feliz del consumismo, la distracción, el entretenimiento y la vida ligera.

Puede decirse que la mayoría de los que ingresan a la Universidad Nacional de Colombia han experimentado la inseguridad existencial causada por la falta de los soportes sociales básicos del bienestar: no solo los relacionados con la salud, la vivienda y la alimentación, sino también los vinculados con los bienes refinados que provee la cultura para el disfrute individual y social: el arte en la variedad de sus realizaciones, el aprendizaje de otra lengua y el acceso al conocimiento de la historia y de las sociedades.

En este sentido, una considerable parte de la comunidad estudiantil la conforma una población culturalmente descompensada y, en muchos casos, con desventajas en cuanto a las capacidades para asimilar y adaptarse a las rutinas de la vida académica universitaria. La conciencia de estas realidades representa un compromiso para los agentes formadores en la Universidad. En lugar de lamentarse por ello, hay que idear estrategias que contrarresten esta situación de partida. Aquí radica la importancia y el valor moral y social de la educación como mecanismo de inclusión social y como medio de autorrealización; mediante la formación de capacidades la universidad crea horizontes de expectativas y oportunidades para el desarrollo individual y social.

Paralela a la situación descrita, existen otros factores que permiten dudar del paradójico mundo feliz de los jóvenes que ingresan a la Universidad. Es alarmante el incremento de las experiencias de sufrimiento y malestar (ansiedad, depresión, estrés, desmotivación, fatiga de sentido y sentimiento de indeterminación) entre los jóvenes, que no solo afecta el llamado "rendimiento académico", sino también la motivación respecto a la búsqueda de la identidad profesional o vocacional: la *indeterminación motivacional* (antiguamente denominada pérdida de sentido) es uno de los fenómenos que requieren de un urgente análisis y tratamiento desde el punto de vista pedagógico, ético y cultural, pues está ocasionando dificultades de aprendizaje, así como disonancias en las interacciones pedagógicas. Por indeterminación motivacional entiendo que el declarado interés de los aspirantes de presentarse a la Universidad Nacional de Colombia contrasta con el destino de tener que elegir, debido al puntaje obtenido en el examen de admisión, una carrera o programa académico que no estaba en el horizonte de sus intereses y expectativas.

Referencias

Bauman, Z. y Tester, K. (2002). *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*. Paidós.

Bauman, Z. (2003). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Gedisa.

Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. Fondo de Cultura Económica.

Bauman, Z. (2009). *Los retos de la educación en la modernidad líquida*. Gedisa.

Bauman, Z. (2010). *Mundo consumo. Ética del individuo en la aldea global*. Paidós.

Bauman, Z. (2011). *44 cartas desde el mundo líquido*. Paidós.

Bauman, Z. (2013). *Sobre la educación en un mundo líquido*. Paidós.

Beck, U. y Beck, E. (2001). *El normal caos del amor*. Paidós.

Beck, U. y Beck, E. (2003) *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias políticas*. Paidós.

Cortina, A. (2013). *¿Para qué sirve la ética?* Paidós.

Giddens, A. (1995). *Modernidad e identidad del yo*. Península.

Kant, E. (1992). *Crítica de la facultad de juzgar*. Monte Ávila.

Sennett, R. (2012). *Juntos. Rituales, placeres y políticas de cooperación*. Anagrama.

Vernant, J-P. (2002). *Entre mito y política*. Fondo de Cultura Económica.